



HEINRICH HEINE

Confesiones y memorias

Traducción de Isabel Hernández, Alba Editorial, Barcelona, 2006, 182 pp. ISBN 84-8428-290-2 (Geständnisse, 1854. Memoiren, 1884)

La historia literaria recoge la deuda de notables escritores ingleses del siglo XIX, como Samuel Taylor Coleridge, Thomas Carlyle o Matthew Arnold, con los pensadores alemanes de su época. Por lo general, se entiende que esa influencia del pensamiento alemán habría sucedido a la de la Ilustración, durante el siglo XVIII, con un marcado acento francés. La sucesión, como la del Romanticismo tras la Ilustración en su vertiente artística, la neoclásica, habría sido cómodamente comprensible en términos de oposición. Las grandes corrientes de la literatura y el pensamiento parecen manejables así como grandes cantidades. Hay parte de verdad en que el talante romántico parezca remontarse al mundo que supuestamente había quedado atrás desde el Renacimiento y la Ilustración. Heinrich Heine ha escrito páginas vibrantes e hilarantes sobre lo que habría implicado ese movimiento nostálgico en la poesía alemana. Sin embargo, también habría parte de verdad en que la faceta romántica del descubrimiento o redescubrimiento de la naturaleza tenía sus raíces en las ensoñaciones solitarias de Rousseau. Desde ese punto de vista, tal vez el Romanticismo no fuera más que otra proyección de la revolución que ya se hallaba *in nuce* en el proyecto ilustrado, un episodio cultural, por así decirlo, en la novela política que habría

sido escrita desde los primeros compases de la época moderna. Como es obvio, si la influencia del pensamiento alemán sobre los escritores ingleses decimonónicos es un dato a tener en cuenta en la historia de una sucesión parcialmente comprensible como oposición, no habrá de ser indiferente que el autor más admirado por el último de los escritores mencionados al principio, Matthew Arnold, fuera precisamente el autor de las *Confesiones y Memorias* a las que aquí nos referimos. Heine habría emprendido en su obra la tarea de mostrar la historia de la literatura y el pensamiento alemán tal como resultaba más ilustrativa con la perspectiva del cambio más significativo de su época: la Revolución francesa. En la obra de Heine tendría eco el clamor por la justicia que habría surgido entonces y resonado durante todo el siglo XIX. En ese contexto, ningún autor podría haber servido mejor al entendimiento entre Alemania y Francia que Heine, cuya residencia se habría visto determinada por las circunstancias políticas del momento. Con todo, un clamor está lejos de ser una voz, así como la realidad quedaría lejos del ideal de la democracia que alentaría en aquellas revoluciones. Las voces más puras y los ideales más elevados serían la herencia de las civilizaciones antiguas centradas en torno a Atenas y Jerusalén. Resulta curioso que el inglés Arnold admirara al helenista Heine, el cual, en sus *Confesiones*, se proponía, entre otras cosas, rectificar su crítica de la Reforma con el fin de rescatar el valor intrínseco que habría de tener la lectura de la Biblia. Esta curiosidad apunta a un secreto de la composición de las *Confesiones*: Heine habría tratado en este sentido de hacer justicia a su propio empeño por hacer justicia. Esa última piedad es la que habría hecho que pusiera en boca de su padre el último reproche del que se haría merecedor de su puño y letra, y que sería también la acusación original lanzada contra la filosofía en el seno del helenismo. Dar la última palabra al Dios aristofánico, al final de sus *Confesiones*, o a su propio padre, al final de sus *Memorias*, sería un giro por el que, como escritor, Heine habría querido ser recordado. En ambos casos, a la vista de las páginas anteriores de ambas obras —recordemos la crítica a Madame de Staël o el romance con la “roja Serita”—, el autor habría sido consciente de la potencia que el espíritu cómico otorgaba a su posición. El humanismo de Heine admitiría verse reducido a la creencia de que un hombre deba ser, al menos, el nombre por el que se le llama. El lector entenderá el peso de la burla infantil de la que fue víctima el autor, cuyo nombre era confundido con la interjección que el basurero Michel empleaba para azuzar y detener a su asno. También aquí quiere hacernos oír Heine la voz del asno de Balam.

Javier Alcoriza